

CAPÍTULO VIII

Continúa la expedición á las Hibueras.—Penalidades y hambre del ejército.—Un llano cubierto de venados.—Sierra de los pedernales y dificultades que hubo para pasarla.—El ejército no tiene mas alimento, por espacio de diez dias, que yerbas y raices.—Muere de hambre el sacerdote Fray Juan de Tecto.—Siguen las penalidades del ejército.—Algunas observaciones á los que asientan que los conquistadores solo ambicionaban oro.—Llega Cortés á San Gil de Buena-Vista.—Triste estado en que encuentra allí una colonia española.—Funda Cortés la villa de la Natividad.—Llega al puerto de Trujillo.—Escribe á la Audiencia de Santo Domingo.—Nuevos proyectos de empresas.—Grave enfermedad de Cortés.

1525 y 1526

Despues de haber permanecido el ejército algunos dias en Izancanac perfectamente atendido por los naturales, emprendió la marcha. El cacique, deseando manifestar su aprecio al caudillo español, le hizo algunos regalos, que fueron correspondidos con otros del general, y le dió inteli-

gentes guías que le condujesen hasta las fronteras de la provincia.

Los expedicionarios salieron de Izancanac el primer domingo de Cuaresma en 1525. El señor acompañó á Cortés hasta dejarle fuera de la poblacion, y el general castellano le dió un papel, porque así se lo pidió el jefe indio, para que en caso de que llegase por allí alguna fuerza española, supiese que habia estado ya Hernan Cortés y que el cacique era amigo suyo.

La provincia de Alacan era de las mas pobladas y feraces. Abundaba en ella el maiz, la alubia, el pimiento, la miel, el algodón, el cacao, el añil y varias y exquisitas frutas. Era considerable el número de personas que se dedicaban al tráfico del comercio, y algunas se hacian notables por su riqueza en esclavos y frutos del pais. Toda la provincia estaba cercada de esteros que iban á dar á la bahía ó puerto llamado de Términos, por donde hacian en canoas sus viajes los mercaderes. El principal comercio consistia en cacao, ropa de algodón, colores para teñir las telas, varios tintes con que se pintaban el cuerpo para defenderse del calor y del frio, teas para alumbrarse, resina de pino para zahumar á sus ídolos, esclavos, y unas cuentas coloradas de caracoles, que eran de mucha estima entre ellos, para el ornato de sus personas. En sus fiestas y diversiones usaban algun oro; pero estaba mezclado con cobre y otros metales (1).

Extensos desiertos, anchos pantanos y espesas selvas

(1) Hernan Cortés, en su quinta carta, da noticias curiosas de la riqueza y comercio de la provincia.

por donde era preciso abrirse camino, continuaron presentándose desde los pocos instantes de haber salido de Izancanac. Cada soldado se habia provisto del maiz que pudo para un largo viaje por los desiertos, en donde, por varios dias, no hallaron ni una aldea, ni un solo habitante. El sol de aquellas abrasadoras regiones agobiaba al ejército, que, falto de agua, y mal alimentado, se rendia á la fatiga del trabajo incesante de abrir senderos y levantar puentes. Las enfermedades, consecuencia del hambre y de los malos alimentos con que la mitigaban, empezaron á manifestarse en las tropas mejicanas, el camino iba quedando regado de guerreros aztecas que, no pudiendo sostenerse en pié por la debilidad y el cansancio, se sentaban á esperar la muerte. El desaliento se habia apoderado de españoles y aztecas. Hernan Cortés, conmovido profundamente por el triste cuadro que presentaba el ejército, se encontraba triste y afligido. Se veia lejos de todo recurso humano; sin poder retroceder, porque la vuelta hubiera equivalido á condenar á morir de hambre á todos entre las ciénagas, bosques y montañas que habian atravesado, y en el avance no descubria sino áridos campos y sierras inaccesibles y deshabitadas, de donde ignoraba si podria salir. La tremenda responsabilidad que sobre él pesaba por haber emprendido aquella marcha por provincias desconocidas, le tenia inquieto. Continuamente consultaba el mapa y la aguja, buscando la direccion mas segura, y enviaba exploradores á reconocer los montes y los pantanos. El cuidado habia alejado de sus ojos el sueño, y muchas noches, mientras los soldados dormian, se paseaba solo, pensativo y preocupado,

buscando en su imaginacion el remedio á las penas de su macilenta gente. Acaso á las tristes ideas que embargaban su mente, á la vista de los padecimientos del ejército, se unia el lúgubre recuerdo de la triste muerte que habia mandado dar al desventurado Guatemotzin. En una de esas noches de insomnio, abandonando el lecho que habia formado en la pieza de un *teocalli* que se alzaba solitario en el sendero que llevaban, se puso á pasear, entregado á las reflexiones que le sugerian las afflictivas circunstancias en que veia á su gente. Abismado en las ideas que le preocupaban, no vió, en la oscuridad, que habia llegado á la orilla de la pieza, y al ir á dar otro paso, cayó de la altura de cuatro varas, á otra pieza que estaba debajo con algunos ídolos. En la caida recibió un golpe terrible en la cabeza, causándole una profunda herida, que trató de ocultar á sus soldados, pero que era demasiado visible para que pudiese pasar desapercibida, por mas que él se la curaba en secreto.

La nueva provincia en que habia entrado al dejar la de Acalan, parecia desierta de habitantes; y las pocas aldeas que encontraban al paso, se veian reducidas á cenizas. Eran pueblos pertenecientes á diversos caciques que se hallaban en guerra unos con otros y que se destruian mutuamente. Por fortuna de los expedicionarios, las poblaciones que no habian sido abandonadas, les recibian con placer, compitiendo en proporcionarles víveres y guias. Todos los caciques se declaraban espontáneamente vasallos del monarca de Castilla y se manifestaban dispuestos á quemar sus ídolos.

Igual recepcion encontraron en la provincia que el

caudillo español llama Taica, donde el señor de ella y los nobles les colmaron de atenciones. En todos estos puntos procuraba Hernan Cortés separar á sus habitantes de la idolatría y hacerles abrazar la religion del Crucificado. En una de las mejores poblaciones, los misioneros, por medio de la intérprete Marina, les explicaron los principales puntos de la religion cristiana, recomendando que observasen las humanitarias máximas de su doctrina. Como consideraban á los hombres blancos seres privilegiados, no dudaron que sus creencias religiosas debian ser intachables, y deseando seguir las, pidieron que les dejasen una cruz para respetarla como signo de la redencion. El deseo fué obsequiado por Cortés, recomendándoles su cuidado y la devocion á ella. Pero estas conversiones, hechas al paso, eran demasiado superficiales para que produjesen el fruto deseado. El poco provecho que se sacaba de esas fáciles conversiones se deduce del pasaje que voy á referir. Poco antes de salir de la poblacion se hirió un caballo con un agudo palo que se le enterró en un pié, poniéndole en imposibilidad de caminar. El cacique le dijo á Cortés que lo dejase y que él lo curaria. En consecuencia, el corcel quedó entre los indígenas. Los indios miraban al caballo con respeto profundo, como cosa de los hombres blancos, á quienes juzgaban semidioses. Juzgándole partícipe de las dotes sobrenaturales de que creian favorecidos á los poderosos extranjeros, le adornaban con flores y le ofrecian ofrendas de miel y de aromáticas resinas. El excesivo cuidado y la falta de ejercicio, pusieron en breve tiempo término á la vida del obsequiado animal. Cuando en 1618

pasaron por aquellos apartados lugares dos religiosos franciscanos á predicar el Evangelio, una de las cosas que llamaron fuertemente su atención fué el encontrar entre los ídolos la estatua de un caballo, á quien los naturales consagraban el culto de á un dios. Al morir el corcel lo habian deificado, y á fin de perpetuar la veneracion que ellos le tenian, formaron una estatua.

El ejército, despues de haber descansado cuatro dias en la poblacion principal de la provincia de Taica, continuó su penosa marcha, conducido por los guias que le habia dado el señor de ella. Tres leguas habrian andado, cuando al descender de un montecillo se describió á la vista un magnífico paisaje. Eran unos inmensos llanos cubiertos de verde y elevada yerba que remedaba un inmenso mar en apacible calma. Millares de venados se veian por la vasta campiña caminar lentamente sin manifestarse temerosos del hombre. Los españoles quedaron admirados de lo que veian, y los jinetes se lanzaron en persecucion de los esbeltos animales. Los venados apenas corrian, y fácilmente fueron alcanzados por los corceles. Bastó una hora de cacería para matar veinte de ellos. Extrañando los españoles la abundancia de venados en aquellas llanuras, lo poco que corrian y el ningun temor que tenian al hombre, preguntaron á los guias indios la causa que habia para ello. Entonces supieron que los venados eran tenidos por dioses en los pueblos comarcanos, y que acostumbrados á ver á los indigenas acercarse á ellos con respeto, no huian de las gentes (1). Como los caballos no

(1) «Y en estos llanos se hallaron muchos gamos y alanceamos á caballo

habian tenido campo donde correr desde que salieron de Méjico, y en esa cacería se les hizo galopar largo tiempo bajo los rayos de un sol abrasador, murieron dos, uno de ellos derretido, segun Bernal Diaz, por el excesivo y sofocante calor que hacia.

Terminada la cacería, se continuó la penosa marcha, abriendo camino por entre bosques y montañas. De repente descubrieron desde la altura de un elevado monte una pintoresca poblacion, situada en medio de la que hoy se denomina Laguna del Peten. Bernal Diaz da á la risueña poblacion, que se presentaba como una sirena descansando en las aguas, el nombre de Tayasal, «cuyos blancos edificios y teocallis se veian brillar, dice, á distancia de mas de dos leguas.»

Hernan Cortés fué recibido por el cacique con las demostraciones del mas sincero aprecio, y le presentó un regalo de telas de algodón y algunas piezas de oro bajo, como prueba de amistad y alianza. El caudillo español le manifestó, por medio de Marina, su gratitud, correspondió al presente del personaje indígena con otro de alta estima para los nativos, y le preguntó si sabia hácia qué rumbo se hallaba alguna colonia de españoles. El cacique le dió entonces noticias satisfactorias. Le dijo que en

diez y ocho dellos.» (Quinta carta de Cortés.) Hablando de lo mismo, dice Bernal Diaz: «E yendo por aquellos campos rasos, habia tantos de venados y corrian tan poco, que luego los alcanzábamos á caballo, por poco que corriamos tras ellos, y se mataron sobre veinte, y preguntando á los guias que llevábamos que cómo corrian tan poco aquellos venados, y no se espantaban de los caballos ni de otra cosa ninguna, dijeron que en aquellos pueblos, que ya he dicho que se decian los Mazotecas, que los tienen por sus dioses.»

dos poblaciones, llamada una Nito, que es el San Gil de Buena Vista, en el Golfo Dulce, y la otra Naco, distantes una de otra diez leguas, habia hombres blancos y con barbas. Añadió el cacique que para llegar á ellas era preciso pasar por fragosas y altas sierras, completamente despobladas, donde no se encontraba nada que pudiese servir de alimento. El ejército se proveyó de maíz y de cacahuètes, que abundaban en los alrededores de la isleta, y tomando algunos indios para que le sirviesen de guia, emprendió la marcha.

El principio de la jornada fué agradable. El sendero era llano, y por todas partes se veian bellas sementeras de dorado maíz y de vistosos cacahuetales cubiertos de fruta. Despues de haber andado seis leguas por esa amena llanura, que brindaba con sus alimenticios frutos al viajero, el ejército empezó á subir una áspera sierra que parecia inaccesible al hombre. Su aspecto era imponente y terrible. Gigantescos peñascos se levantaban en todas direcciones, como colosales columnas que sostenian el nubífero pabellon que parecia descansar sobre sus elevados remates. Agudas y filosas piedras, que como brillantes navajas cortaban los piés, formaban el piso en que colocaban su planta los expedicionarios (1). La *Sierra de los Pedernales*, con que la denominaron los soldados, presentaba una sublimidad aterradora. «Cruzarla, dice Cortés, era la cosa mas maravillosa que pudiera verse», pues parecia imposible que á tanto llegase el esfuerzo del hom-

(1) «Dimos en una sierrezuela de unas piedras que cortaban como navajas.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

bre (1). No hay pluma que pueda describir ni pintura que pueda significar la aspereza, fragosidad y aterradora belleza que la caprichosa naturaleza se habia esmerado en presentar en aquel apartado sitio. Toda narracion, por atrevida que fuese, apareceria pálida, muerta, sin colorido, al lado del cuadro que quisiera presentar. «Querer yo decir y significar á V. M.», exclama el conquistador, «la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras, ni quien mejor que yo lo supiese lo podria explicar, ni quien lo oyese lo podria entender, si por vista de ojos no lo viese, é pasando por él no lo experimentase» (2). Parecia una empresa irrealizable que el ejército atravesase por entre las enormes y cortantes rocas que cerraban el paso en todas direcciones. A las dificultades que presentaba el inaccesible terreno, se unieron las torrentales lluvias que empezaron á caer desde que se dió principio á la subida de la áspera sierra. El agua, precipitándose con ruido espantoso, de las elevadas peñas, corria, formando un rio, por el peligroso sendero que llevaba la mojada tropa. La gente, desfallecida y empapados los vestidos en agua, dirigia la vista buscando algun sitio donde guarecerse. Inútil afan: sus ojos solo descubrian á su derredor gigantescas rocas y profundas barrancas, en cuyo espantoso fondo corrian caudalosos rios, arrastrando enormes piedras desprendidas de los peñascos heridos por el rayo. Y

(1) «Unas muy altas y ágrias sierras... comenzamos á subir el puerto que fué la cosa mas maravillosa de ver y pasar.»—Quinta carta de Cortés á Carlos V.

(2) Quinta carta de Cortés á Carlos V.

sin embargo, en medio del diluvio que amenazaba ahogar al ejército, los soldados, así como los caballos, sufrían una sed devoradora. Se hallaban agobiados por el agua que noche y día, sin cesar un solo instante, caía sobre ellos, y no podían satisfacer su necesidad. «Eran las sierras de tal calidad», dice Cortés, «que no se detenían en ellas agua para poder beber» y «padescíamos mucha necesidad de sed». No existiendo punto ninguno que les prestase abrigo para pernoctar, se detenían donde les cogía la noche, levantando chozas con palos, mantas y petates que llevaban. En esos momentos, únicos en que se detenía la marcha, recogían los soldados en calderas y vasijas el agua, mitigando así su devoradora sed y la de los corceles, que á no haber contado con este recurso, nadie hubiera podido salvar la vida (1). No era menos el hambre que el ejército sufría. El maíz de que los soldados se habían podido proveer en la última población, hacia varios días que se había acabado. El único alimento que tenían eran algunas raíces y yerbas que crecían entre los peñascos, y la fruta producida por una especie de palmas, aunque de ésta les era muy difícil coger, porque la debilidad les impedía subir á tomarla (2).

La marcha se hacía cada vez más difícil. Los caballos,

(1) «Y si no fuera por los ranchos y chozas que cada noche hacíamos para nos meter, que dellos cogíamos agua en calderas y otras vasijas, que como llovía tanto había para nosotros y los caballos, fuera imposible escapar ningún hombre ni caballo de aquellas sierras.»—Quinta carta de Cortés.

(2) «Porque había diez días que no comíamos sino cuscus de palmas y palmitos, y aun destes se comían pocos, porque no traíamos ya fuerzas para cortarlos.»—Quinta carta de Cortés.

no pudiendo afirmarse en el pronunciado declive de los mojados peñascos, resbalaban y caían sobre las cortantes piedras que les herían. Muchos rodaron á las barrancas con sus jinetes, contándose entre éstos un sobrino de Hernán Cortés, llamado Palacios Rubios. Montaba un excelente corcel; pero faltándole terreno al pasar un desfiladero, descendieron hácia el abismo. Una peña detuvo al caballero, y merced á esta casualidad se logró sacarle, aunque quebrada una pierna en varias partes (1).

Una observación bastará hacer para que se pueda comprender, en toda su extensión, las dificultades y peligros que el ejército encontró en el paso de la *Sierra de los Pedernales*. Esta observación es que «para andar ocho leguas, emplearon doce días», sin reposar más que de noche (2). En ellos murieron, despeñados y desjarretados, sesenta y ocho caballos, quedando los demás inutilizados por las profundas heridas de que se veían cubiertos (3).

(1) «E hicieron tanto daño aquellas piedras á los caballos, que como llovía resbalaban y caían, y cortábanse piernas y brazos y aun en los cuerpos... y se le quebró una pierna á un soldado que se decía Palacios Rubios, deudo de Cortés.» (Bernal Díaz del Castillo.)

«En este camino cayó un sobrino mío y se quebró una pierna por tres ó cuatro partes, que demás del trabajo que él rescibió, nos acrecentó el de todos, por sacarle de aquellas sierras, que fué harto difícil.»—Quinta carta de Cortés.

(2) «Y no quiero decir otra cosa, sino que sepa V. M. que en ocho leguas que tuvo este puerto estuvimos en las andar, doce días.»—Quinta carta de Cortés.

(3) Murieron sesenta y ocho caballos despeñados y desjarretados, y todos los demás vinieron heridos y tan lastimados, que no pensamos aprovecharnos de ninguno.»—Quinta carta de Cortés.